

Genes y lenguaje.  
Aspectos ontogenéticos,  
filogenéticos y cognitivos

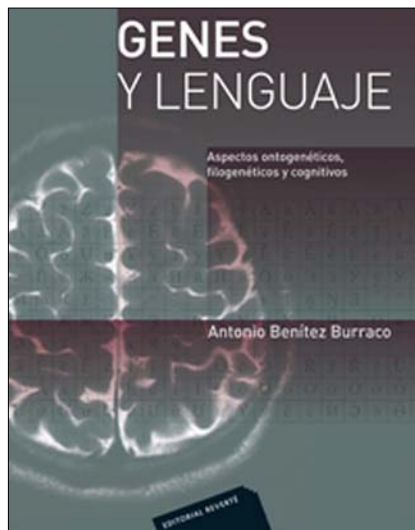
Antonio Benítez Burraco

Barcelona: Reverté; 2009. 478 págs.

Creo que no resulta exagerado decir que el conocimiento de las bases genéticas del lenguaje ha experimentado un crecimiento auténticamente explosivo en esta primera década del siglo XXI. Por esta razón, me gustaría comenzar dedicando unas líneas al contexto histórico en que se inserta el trabajo de Antonio Benítez Burraco, con relación al cual, me apresuro a aclarar, representa mucho más que una simple actualización del estado de la cuestión. Para ello, quisiera recordar brevemente dos libros fundamentales que permiten apreciar, precisamente, la inexistencia de avances realmente sustanciales sobre la materia en los 30 años exactos que median entre ellos, en marcado contraste con los resultados acumulados en lo que llevamos de década y que están exhaustivamente registrados e interpretados en el trabajo que quiero reseñar.

El primero de los libros a los que me refiero es el monumental, y en muchos aspectos insuperado, *Biological foundations of language* (1967), de Eric Lenneberg, en cuyo capítulo sexto se comentan con detenimiento todas las evidencias acumuladas desde principios de siglo XX sobre el carácter hereditario de la capacidad para el lenguaje. La información procede casi exclusivamente del estudio de historias familiares en las que se da cuenta de defectos más o menos selectivos en la expresión lingüística y de estudios de gemelos en los que se constata una asimetría en los índices de afectación conjunta de dicho tipo de defectos, según se trate de gemelos idénticos o fraternos. Lenneberg apunta, eso sí, la sospecha de cierto defecto cromosómico en un grupo familiar particular. Treinta años después, en un interesantísimo libro editado por Myrna Gopnik, *The inheritance and innateness of grammars* (1997), nos encontramos, ciertamente, con algunos avances en lo que se refiere a la caracterización lingüística de los defectos en cuestión y en los datos de carácter epidemiológico sobre su prevalencia en la población y su pauta de distribución en los grupos familiares afectados. Sin embargo, no se constata ningún avance en lo que se refiere a la correlación de los defectos con anomalías en el nivel cromosómico.

A partir de ese punto, la historia es bien conocida. En el año 2000 se anuncia la identificación de un intervalo (SPCH1) de la región 7q31 del cromosoma 7 en el que los afectados por una forma de trastorno específico del lenguaje presentan una evidente anomalía. Al año siguiente se hace pública la identidad del gen afectado por dicha anomalía (*FOXP2*),



que se presenta como el primer gen implicado en el desarrollo de la facultad lingüística humana. Desde entonces se ha acumulado muchísima información sobre los homólogos de este gen en otras especies y sobre su historia evolutiva. Se ha llegado a determinar, incluso, que la variante recuperada de los fósiles de neandertales del yacimiento asturiano de El Sidrón no difiere en su composición de la variante moderna. Las referencias necesarias para recorrer todo este vertiginoso camino pueden encontrarse en el propio libro de Benítez Burraco.

Creo que los datos referidos hasta aquí hablan por sí solos. Nos encontramos ante uno de los campos de investigación más excitantes de la actualidad, en el que debemos estar preparados para recibir todo tipo de sorpresas en los próximos años. Y, precisamente, una verdadera sorpresa que nos acaba de ofrecer este campo es el impresionante caudal de información que Antonio Benítez Burraco nos aporta en su libro, en el que relaciona con el desarrollo del lenguaje nada menos que cerca de 175 genes. Es cierto que ninguno se relaciona de manera exclusiva con el lenguaje (ni siquiera *FOXP2*) y que el grado de especificidad de la relación con el lenguaje de cada uno de ellos es muy variable y hasta nulo en algunos casos. Pero esto es así porque Benítez Burraco ha sabido entender, con total acierto, que el desarrollo de una capacidad tan compleja como el lenguaje no puede ser sino el resultado de la acción coordinada de numerosos procesos que van desde el simple crecimiento cerebral a la acomodación en el cerebro de diversas capacidades limítrofes y precursoras de la facultad lingüística, todo lo cual actúa como un sistema complejo de condiciones *sine qua non* para la implantación normal del lenguaje en el cerebro humano. Es muy destacable que para este aspecto de su estrategia haya encontrado ins-

piración en el modelo teórico conocido como Programa Minimalista, desarrollado a lo largo de la última década por Noam Chomsky y sus seguidores, desmintiendo, de este modo, la pretensión de que la inexistencia de genes específicamente relacionados con reglas o principios gramaticales cuestiona de algún modo el innatismo chomskyano. Supone, además, un esfuerzo elogiabile de aproximación entre el estudio en abstracto de la función lingüística y sus productos, y el estudio de las bases biológicas de dicha función, con el que se demuestra la importancia del emergente campo de investigación conocido como Biolingüística.

El libro, como el propio título promete, analiza todo ese rompecabezas genético tanto desde el punto de vista del desarrollo individual (capítulo 4) como desde el punto de vista evolutivo (capítulo 5). Se trata de los dos capítulos nucleares de la obra, que se completa con dos capítulos introductorios referidos a la anatomía y fisiología del lenguaje (capítulo 1) y a la caracterización del proceso de aprendizaje de una variedad lingüística particular (capítulo 2), y con un valiosísimo capítulo de conclusiones (capítulo 6) que demuestra la congruencia de todos los datos aportados y de la interpretación a que los somete Benítez Burraco. La importancia de la obra se puede resumir en una simple frase: no existe en el mundo una recopilación tan exhaustiva como ésta sobre la materia tratada. Se trata pues, y no es una exageración, de una obra de referencia mundial.

Como conclusión, me gustaría destacar la utilidad de este libro como un valioso antídoto contra cualquier tentación de sobreinterpretar todos estos datos que, como ya he señalado, se han ido acumulando de manera explosiva a lo largo de esta década. Retomando una expresión que ya he utilizado, Benítez Burraco nos enseña que lo que ahora empezamos a tener ante nuestros ojos es un complicadísimo rompecabezas genético del que, para empezar, todavía no disponemos de todas las piezas y que llevará muchísimo tiempo completar en su totalidad. Por esta razón, es preciso ser cautos y pacientes, y no caer en la tentación de elevar a la categoría de condición suficiente para la existencia del lenguaje cualquiera de esas piezas en particular, como por desgracia ocurre con el gen *FOXP2*, muy especialmente por parte de quienes lo han declarado como prueba concluyente de la antigüedad del lenguaje.

No exagero si concluyo diciendo que *Genes y lenguaje* se sitúa entre los libros científicos más importantes publicados en español en los últimos tiempos.

G. Lorenzo

Área de Lingüística General. Departamento de Filología Española. Universidad de Oviedo. Oviedo, Asturias, España.